

JOHN BRADSHAW

Entender a nuestro perro

**Por qué los perros necesitan
nuestra comprensión**



I

De dónde provienen los perros

“El lobo de su salón” es una imagen impactante que recuerda a los propietarios de perro que su compañero leal es, bajo la piel, un animal y no una persona. De hecho, por lo menos en lo referente al ADN, los perros son lobos, ya que estos dos animales comparten el 99,96 por ciento de los genes. Con la misma lógica, también podría decirse que los lobos son perros, pero, sorprendentemente, nadie lo dice. Por lo general, se describe a los lobos como salvajes, ancestrales y primigenios, mientras que a los perros se les tiende a asignar el papel de derivado artificial, controlado y servil del lobo. Sin embargo, si nos basamos en las cifras, en el mundo moderno los perros tienen mucho más éxito que los lobos. Entonces, ¿qué ganamos con saber que lobos y perros comparten un ancestro común? Un gran número de libros, artículos y programas de televisión sobre el comportamiento canino han afirmado que entender a los lobos es la clave para entender a los perros domésticos. No estoy de acuerdo. Desde mi punto de vista, la clave para entender a los perros domésticos es, en primer lugar, entender a los perros domésticos, y este punto de vista lo comparten cada vez más científicos de todo el mundo. Mediante el análisis del perro como animal propio, y no como una versión inferior del lobo, tenemos como nunca antes la oportunidad de entenderlo, y perfeccionar nuestro vínculo con él.

De hecho, es innegable que los perros comparten muchas características básicas con otros miembros de la familia de los cánidos, de la cual forma parte el lobo. Los perros evolucionaron a partir de los cánidos, y deben a esta evolución cualidades tales como su ana-

tomía básica, su refinado sentido del olfato, su capacidad de cobrar piezas de caza y su habilidad para formar vínculos sociales duraderos. Entonces, hasta cierto punto, comparar a los perros con sus ancestros salvajes puede ser revelador; pero nuestra interpretación de los perros se resiente cuando tomamos al lobo como único punto de referencia disponible.

Al nivel más básico, a diferencia de los lobos u otros cánidos, los perros son únicos porque como resultado del proceso de domesticación se han adaptado a vivir con los seres humanos. Puesto que los perros se han visto modificados por la domesticación, muchas de las sutilezas y sofisticaciones del comportamiento de los lobos parecen haber sido eliminadas, con lo que se ha obtenido un animal que todavía puede reconocerse como un cánido pero no como un lobo. Más que a cualquier otra especie, la domesticación ha modificado al perro de manera considerable. Es obvio que estos animales presentan una gran variedad de formas y medidas: en efecto, en realidad existe más variación de tamaños entre los perros domésticos que entre todo el resto de la familia de los cánidos junta. No obstante, éste no es el único efecto profundo de la domesticación. Tal vez, el más importante, tanto para los humanos como para los perros, sea su capacidad de crear vínculos con nosotros y entendernos de un modo que ningún otro animal puede igualar. Por eso, entender qué ha ocurrido durante la domesticación es un elemento clave para interpretar a los perros.

Para entender en profundidad a los perros domésticos, necesitamos examinar la historia completa de los perros más allá del proceso de domesticación –incluso más allá del lobo–. Necesitamos saber de dónde provinieron los perros y cómo fueron todos sus ancestros, no sólo el lobo, su pariente vivo más cercano. Desde luego, en última instancia, es imposible saber con precisión cómo se comportaban los ancestros del perro doméstico, tanto si examinamos sus antepasados inmediatos (lobos que vivieron hace más de 10.000 años) o sus ancestros más distantes (cánidos sociales, los precursores del lobo, de la era del Plioceno hace varios millones de años), porque están todos extinguidos. Sin embargo, podemos ha-

cernos una idea de cómo podrían haberse comportado si examinamos la variedad de conductas características de los cánidos sociales actuales. En realidad, un examen detallado del comportamiento de esas especies no sólo arrojaría luz sobre los ancestros más remotos del perro, sino que también nos ayudaría a entender por qué, aparte del lobo, ninguno de los cánidos fue domesticado con éxito y de forma permanente.

El análisis del ADN no deja ninguna duda de que el perro proviene únicamente (o al menos casi por completo) del lobo gris, *Canis lupus*. La primera secuenciación completa del ADN materno, publicada en 1997, de perros, lobos, coyotes y chacales, no aportó ninguna evidencia de que los perros tuvieran ancestros en otra especie que no fuera el lobo gris.¹ Ninguna de las muchas investigaciones que se han llevado a cabo desde entonces lo ha contradicho, sin embargo, aún existe una relativa falta de datos sobre el ADN paterno, el cual es más complicado de analizar, así que todavía es posible que pueda afirmarse que algunos tipos de perros descienden mediante su línea paterna de otros cánidos.

Los perros y los lobos tienen genéticamente mucho en común, pero el simple hecho de que dos especies presenten una coincidencia considerable en su ADN no significa que su comportamiento sea el mismo. De hecho, muchos animales con un ADN similar son radicalmente diferentes entre ellos, en especial en cuanto al comportamiento. Esto lo sabemos gracias a la “revolución” del ADN, la cual ha llevado a la secuenciación del genoma de humanos, caninos, felinos y un número cada vez mayor de otras especies. Muchas de estas secuencias presentan un grado notable de similitud. Por ejemplo, su ADN y el de su perro son idénticos en aproximadamente un 25 por ciento de su longitud, lo cual tal vez no sea tan sorprendente si tenemos en cuenta que ambos somos mamíferos, y aproximadamente el mismo 25 por ciento se encuentra también en los ratones. El otro 75 por ciento explica por qué los perros, los ratones y las personas tienen un aspecto —y un comportamiento— muy diferente entre ellos.

2

Cómo se convirtieron los lobos en perros

La historia de la domesticación del perro –su evolución de lobo a su propia subespecie única de cánido– es análoga a nuestra propia aparición como civilización, desde los cazadores-recolectores del Mesolítico hasta la Edad Moderna. Ya existían perros domésticos antes de que se domesticara a cualquier otro animal, así que podría decirse que es probable que el perro sea el pariente más modificado respecto a sus ancestros que cualquier otra especie de animal de la tierra. El proceso de domesticación ha eliminado muchos de los detalles de la especie ancestral, no obstante, los perros mantienen algunas características del linaje más antiguo que también produjo al chacal, al coyote y al lobo. En cierto modo, los perros se parecen a cualquiera de éstos; pero también son únicos, es el único cánido por completo domesticado, y mucho de los rasgos que los hace únicos fueron introducidos precisamente en el proceso de domesticación. Por lo tanto, la historia de la domesticación representa una contribución fundamental para entender qué son y qué no son nuestros perros.

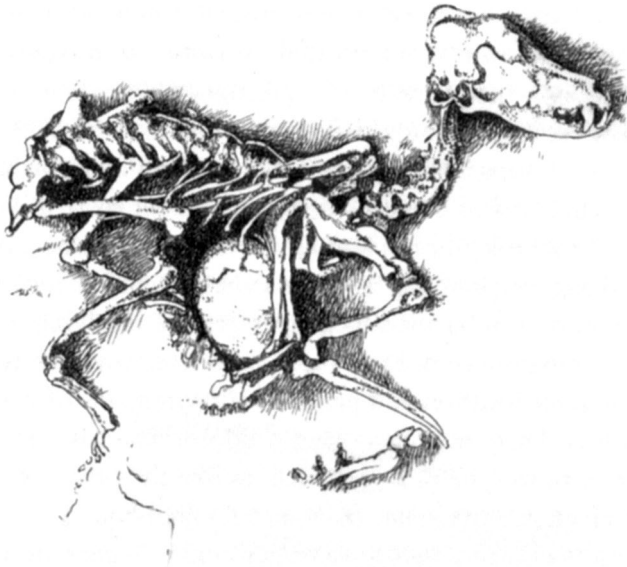
En la década pasada aprendimos mucho acerca de la domesticación del perro. La secuenciación del ADN de cientos de perros individuales forzó una reevaluación de todas las evidencias previas referentes al proceso de domesticación. Aunque, sin ninguna duda, nos esperan más sorpresas; en la actualidad, la dimensión general de cómo sucedió, así como muchos de sus detalles, están bastante bien comprobados.

Además, tenemos nuevos puntos de vista sobre dónde y cuándo pudo haberse domesticado al perro. Podemos estar razonablemente

religión. Esta relación, no obstante, parece haber existido exclusivamente entre cazador y presa.

Sin duda, la ausencia de perros en sepulturas conocidas de más de 14.000 años significa que los perros eran, antes de entonces, bastante poco comunes. Si la cultura representada en esta tumba de grupo de Rusia hubiera utilizado perros para cazar, parece probable que también habría habido evidencias de perros en esta tumba o similares, o bien huesos o, como con el caballo, algún tipo de representación. Que no existan tales indicios significa que la sociedad de la que provenían estas personas no tenía perros domésticos. Si los hubieran tenido, quizá sus restos no podrían distinguirse de los de lobos, pero, de hecho, en la tumba de grupo de Rusia no existe indicio alguno de ningún animal parecido al lobo, ni doméstico ni salvaje, aunque casi con total certeza habría lobos salvajes cerca. En realidad, muy pocas tumbas contienen indicios de lobos antiguos.

Durante la historia humana antigua, al contrario que las sepulturas de perros, que como se ha mencionado eran bastante comunes después de la primera aparición en el registro arqueológico, las sepulturas de lobos –solos o acompañando sepulturas humanas– parecen haber sido muy raras. (Si hubieran sido habituales, debería haber evidencias de las primeras fases de la domesticación, cuando los huesos de los protoperros hubieran sido indistinguibles de los huesos de lobos.) Los dientes de los lobos sí aparecen, junto con los de otros depredadores, en muchas sepulturas humanas, pero por lo general su significado no está claro y, en cualquier caso, es probable que muchos procedan de animales que se mataban por sus pieles. La cercana relación emocional que los cazadores-recolectores mantenían con los animales que cazaban no parece haberse extendido a sus competidores en la caza, ni siquiera al lobo. Así que, hasta que los perros aparecieron de repente en las sepulturas, hace unos 14.000 años, existen muy pocas evidencias arqueológicas que indiquen algún tipo de relación entre el hombre cazador-recolector y los lobos, ni animales salvajes ni los que ya estaban en vías de domesticación.



*Sepultura de lobo cercana al lago Baikal en Siberia:
los miembros abrazan un cráneo humano.*

Entre las pocas sepulturas de lobo que se han descubierto, una es en particular curiosa, y puede ofrecer evidencias de la transición de lobo a perro. Recientemente, en un cementerio cerca del lago Baikal, arqueólogos rusos descubrieron lo que identificaron como un lobo enterrado con un cráneo humano entre las garras. Es probable que la sepultura date de hace sólo unos 7.500 años, momento en el que en esta zona podría haber habido perros. Lo sorprendente de este lobo es que no era local; parece ser un lobo de la tundra y, si es así, debió recorrer varios miles de kilómetros antes de terminar sus días en esta tumba. Pero ¿y si el animal no era un lobo? Creo que más que un lejano lobo de la tundra, es más probable que el lobo enterrado cerca del lago Baikal sea el descendiente de un lobo de tundra “socializable” que fue adoptado como mascota muchas generaciones anteriores. Desde esta interpretación, este tipo de sepultura nos ofrece una visión tentadora del proceso de domesti-

3

Por qué, por desgracia, los perros fueron transformados de nuevo en lobos

Es evidente que por fuera los perros actuales no son lobos, pero a menudo su comportamiento se interpreta como si por dentro todavía lo fueran. De hecho, ahora que sabemos seguro que el lobo es el único ancestro del perro, parece imposible evitar estas comparaciones. La idea de que el perro mantiene la mayor parte del carácter esencial del lobo no sólo está anticuada, sino que también refleja algunas ideas equivocadas profundamente arraigadas sobre el comportamiento del lobo que la ciencia empieza a derribar. No obstante, a pesar de estos puntos débiles en la teoría del lobo-perro, en el adiestramiento canino todavía se utiliza mucho, y las consecuencias de ello son desafortunadas tanto para el perro como para el propietario.

La concepción de que el perro es como un lobo con un disfraz “mono” ha dominado el adiestramiento y la gestión de los perros durante más de cincuenta años, y los resultados han sido, como mínimo, diversos. Algunos consejos que derivan de forma lógica de esta idea equivocada son inofensivos, pero otros, si se aplican con rigor, pueden perjudicar el vínculo entre perro y propietario. Asimismo, equiparar a los perros con los lobos permite a los adiestradores y propietarios justificar el castigo físico que se le inflige al perro, por la analogía que los padres lobo consiguen el control de su descendencia mediante la agresividad.

La ciencia de que el comportamiento canino ha cambiado poco del de los lobos no concuerda con la simpatía evidente de la gran mayoría de los perros. A la mayoría de los perros les encanta encon-

trarse con otros perros, y también aman a las personas. Esto puede parecer una afirmación demasiado obvia, pero, desde el punto de vista de un biólogo, exige una explicación. Después de todo, los gatos que viven en el mismo entorno a menudo pasan toda la vida evitándose entre ellos, mientras que muchos perros intentarán saludar a todos los perros con los que se crucen. ¿De dónde proviene esta afabilidad general?

La sociabilidad del perro es incluso más notable si se compara con la de sus ancestros. Los lobos de diferentes manadas se evitaban entre ellos, y si se encontraban, casi siempre peleaban, a veces a muerte. Esto no es inusual; los biólogos modernos consideran excepcional todo comportamiento cooperativo, porque el comportamiento predeterminado de cualquier animal debería ser defenderse a sí mismo y defender sus recursos básicos —comida, acceso a las parejas, territorio— contra todos los demás y, en especial, contra los miembros de su propia especie, pues son su competidor más directo. Los lobos no son la excepción a esta norma, y aquellos que no consiguieran competir de este modo, en igualdad de condiciones, producirían menos descendencia que sus vecinos. Por lo tanto, es lógico pensar que cualquier gen que hubiera predispuesto al lobo a mostrar interés por otros lobos, a la larga, debería haber desaparecido. Desde luego, la selección de parentesco significa que las manadas de lobos compuestas por grupos familiares cooperan, porque esta cooperación les permite propagar su material genético de forma más eficaz. Pero los grupos no emparentados, los que comparten pocos genes, o se evitarán entre ellos, o, si por casualidad se encuentran, pelearán.

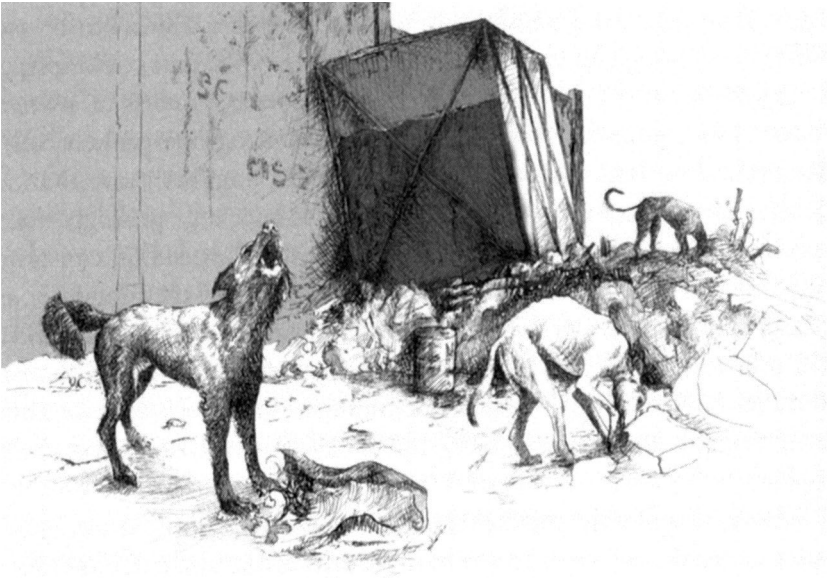
Al contrario que los lobos, los perros son extraordinariamente extrovertidos; incluso este rasgo se ha interpretado de modo que se adapte a la idea subyacente de la similitud entre lobos y perros. Por lo general, los perros que es obvio que no están emparentados —es decir, de diferentes razas— son muy felices de encontrarse cuando sus propietarios los sacan para practicar ejercicio, aunque muchos adiestradores y expertos caninos de la vieja escuela alegarían que los perros son simpáticos sólo porque los han adiestrado para que sean

así. Afirman que cada perro esconde un lobo salvaje en su interior que podría aparecer en cualquier momento para pelear con cualquier perro que le salga al paso, a no ser que su propietario esté alerta. Esta idea ha sido desacreditada de forma exhaustiva por biólogos y conductistas veterinarios hace más de un cuarto de siglo, pero aun así continúa estando muy extendida. Muchos manuales de adiestramiento hacen hincapié en la necesidad de estar en alerta constante ante el momento en que los perros jóvenes empiecen sus intentos inexorables de dominar o controlar todo lo que se encuentra a su alrededor, tanto humanos como perros. La única solución, dicen, es asegurarse desde el primer día de que el perro sepa que su propietario es el jefe, una postura que se supone que los humanos son capaces de conseguir imitando el modo en que los lobos dominantes controlan a sus manadas.

Está claro que la fácil sociabilidad de los perros exige un examen más profundo. En la medida en que no tenemos acceso al mundo de los lobos antiguos y domables de los cuales descienden los perros, tal vez sería mejor dejar de lado totalmente los orígenes del perro. En otras palabras, la pregunta podría ser: si tuvieran la oportunidad, ¿cómo organizarían su vida los perros lejos de la interferencia de la humanidad? Esta pregunta no tiene una respuesta sencilla porque hay muy pocos perros que vivan sin la supervisión humana. Es raro que sobrevivan mucho tiempo alejados de los asentamientos humanos, en particular porque la domesticación ha destruido por completo su capacidad de cazar con éxito. Sin embargo, algunos elementos del comportamiento de caza se han mantenido en algunas razas trabajadoras; pocos perros, si es que alguno lo hace, poseen la capacidad innata de reunir todos estos elementos para localizar, cazar, matar y consumir una presa de forma regular, y de ningún modo cuando compiten con otros depredadores.

Aunque es poco común encontrar perros que no estén controlados por los humanos, existen los bastantes para que empecemos a formarnos una idea de cómo sería una sociedad gobernada por los perros. En todo el mundo hay millones de perros denominados ge-

néricamente asilvestrados o “perros de pueblo” que se encuentran fuera del control directo del hombre. Viven al margen de la sociedad humana, hurgando en los vertederos de basura y pidiendo limosna, pero por lo demás son independientes de las personas y sin duda no muestran lealtad a ningún propietario humano. Estos perros son comunes en las zonas tropicales y subtropicales: se conocen con distintos nombres: los parias o perros callejeros de la India, el perro de Canaán de Israel, el perro de Carolina del sudeste de Estados Unidos y los perros parecidos al basenji de África. De hecho, su ADN sugiere que muchos son nativos de sus zonas. (En comparación, el de los perros de América tropical sugiere que descienden de perros europeos de pura raza que escaparon.) También existen varios tipos antiguos únicos de un lugar determinado, como el perro cantor de Nueva Guinea, el kintamani de Bali y el dingo australiano, que representa el único perro por completo salvaje que se sabe que desciende originariamente de los perros domésticos.



Carroñeros urbanos.

4

¿Premios o castigos? La ciencia del adiestramiento canino

El adiestramiento canino ocupa en la actualidad un lugar destacado en los medios de comunicación; es evidente que ofrece buenos programas de televisión, como ponen de manifiesto los famosos Cesar Millan, “El encantador de perros”, y Victoria Stilwell, presentadora de *El perro o yo*. Pero entre los adiestradores existe un enorme desacuerdo sobre el mejor enfoque para moldear el comportamiento canino. Varios adiestradores y conductistas destacados continúan promoviendo la idea de que los perros son animales de manada y que muchos sólo pueden controlarse mediante la aplicación de la teoría del “dominio” y el uso de castigo físico. Por ejemplo, según Cesar Millan: “Los perros presentan una arraigada mentalidad de manada. Si no impone su liderazgo al perro, su perro intentará compensarlo mostrando un comportamiento dominante o inestable”.¹ O según Colin Tennant, un “experto en adiestramiento y conductismo canino” del Reino Unido: “La mayoría de los perros lucharán por dominar mediante el lenguaje corporal y/o gruñidos, mordiscos o acoso físico agresivo a cualquier otro perro o humano con el que entre en contacto”.²

Otros, como Karen Prior, Patricia McConnell y Jean Donaldson, están totalmente en desacuerdo con este enfoque, rechazan la analogía con la manada de lobos y abogan por adiestrar a los perros como si fueran cualquier otro animal. Asimismo, recalcan que el adiestramiento debería basarse en recompensas y declinan el uso innecesario de castigo físico. El doctor Ian Dunbar, uno de los crea-

5

Cómo se convierten en mascotas los cachorros

Los perros no nacen siendo simpáticos con los humanos. No, no se trata de un error de imprenta. Los perros nacen para que puedan volverse simpáticos con las personas, pero esto ocurre sólo si conocen personas simpáticas cuando todavía son cachorros de pocas semanas. Los científicos saben esto desde hace medio siglo, pero las implicaciones aún no se aplican de manera universal, ni siquiera se valoran demasiado. Hoy en día, muchos cachorros todavía se crían para el mercado de las mascotas en unas condiciones pésimas, condiciones que los predisponen a una vida malograda por el miedo y la ansiedad, lo que provoca en ellos un comportamiento que les impedirá granjearse el cariño de sus propietarios y de cualquier persona con la que se crucen. Aunque todo esto podría evitarse por completo.

La domesticación no ha adaptado a los perros a los entornos humanos; simplemente, les ha ofrecido medios para que se adapten. Para que puedan aprender a arreglárselas, debe tener lugar una exposición suave y gradual tanto a las personas como a los entornos modificados por los humanos. Este proceso empieza más o menos a la cuarta semana de vida y dura varios meses. Si la exposición es deficiente o defectuosa, el perro desarrollará temores o ansiedades arraigadas que más adelante pueden ser muy difíciles de erradicar. Aunque científicamente aún no se han estudiado los detalles de cómo sucede esto, el proceso global de esta “socialización” está bien trazado y es una tragedia que haya tantos cachorros que

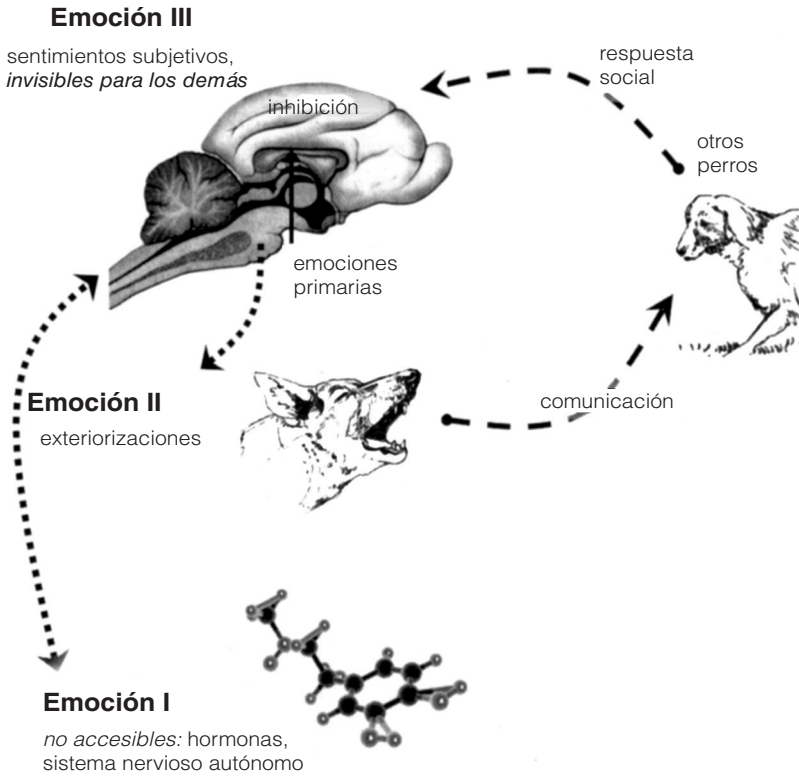
6

¿Su perro le quiere?

Está claro que los perros tienen mucho cariño a sus propietarios: en el sentido de su comportamiento, de seguirlos por todas partes. Pero ¿en realidad su perro le quiere? ¡Claro que sí! Se lo dice cada vez que usted llega a casa, con su forma de saludarle. Puede que su perro “sólo” sea una mascota doméstica, pero me sorprendería si la mayoría de los propietarios no pudieran decir que quieren a sus perros y que, a cambio, sus perros les quieren a ellos. Si no es así, es probable que la relación esté en peligro.

No es fácil identificar las emociones desde el punto de vista científico. Como científico, puedo investigar cuánto le quiere su perro y, como humano, puedo estar bastante seguro de que lo que me describe como “amor” es precisamente la misma emoción que he sentido por mis perros. Ambos podemos expresarlo, primero porque somos miembros de la misma especie y, por lo tanto, es probable que tengamos unos repertorios emocionales parecidos y, segundo, porque mediante el lenguaje podemos comunicarnos nuestros sentimientos.

Sin embargo, es mucho más difícil de identificar el amor que proviene de la otra parte, de perro a propietario. En primer lugar, los perros no pueden decirnos cómo se sienten, así que debemos deducirlo a partir de su comportamiento. ¿Podemos estar seguros de que lo entendemos siempre? En segundo lugar, puesto que pertenecemos a especies distintas, no podemos suponer que los perros experimentan la misma variedad de emociones que nosotros. De



Los tres componentes de las emociones. La emoción I es la suma de los cambios en los niveles hormonales y en el sistema nervioso. La emoción II es la expresión externa de la emoción, por ejemplo en forma de lenguaje corporal o vocalizaciones. Éstas pueden ser detectadas por otros perros (y personas), cuyas reacciones pueden percibirse y posteriormente modificar cómo se sienten las emociones y cómo se reacciona frente a ellas. La emoción III es la experiencia subjetiva de la misma emoción, por ejemplo, "miedo". Las flechas indican interacciones.

Mi segunda razón para considerar que esta conceptualización de tres niveles de las emociones es práctica es que propone que las emociones son útiles para el animal: actúan como sistemas de procesamiento de información con fines específicos, junto con los sistemas generales de aprendizaje y cognición (a los cuales los humanos he-

mos añadido un lenguaje simbólico). Las emociones son una ayuda básica para la supervivencia, y si los perros poseen dos niveles “inferiores” (y sin duda alguna los tienen), entonces es difícil sostener que no tengan también el tercer nivel: las reacciones emocionales.

Mi tercera razón es que esta conceptualización resalta un *continuum* evolutivo. Propone que las emociones humanas, aunque tal vez sean únicas en algunos aspectos, han evolucionado a partir de las de los mamíferos, las cuales, a su vez, han evolucionado de las de los reptiles, etcétera. A menos que seamos de la opinión de que la consciencia y el conocimiento de uno mismo de tipo humano son absolutamente fundamentales para experimentar todas las emociones, es muy difícil negar —incluso a partir de un punto de vista puramente científico y en apariencia duro— que los perros puedan experimentar, como mínimo, algún tipo de sentimiento.

No obstante, al lado de las muchas ventajas de este modelo, existe una desventaja importante: la suposición implícita de que la emoción subjetiva (emoción III) siempre surge como comportamiento manifiesto (emoción II). En los humanos, la mayoría de las emociones también están ligadas a expresiones faciales que varían un poco de una cultura a otra, por lo que sirven como un lenguaje casi universal de los sentimientos. Sin embargo, todos podemos pensar en situaciones en las que intentamos esconder nuestros sentimientos o proyectar emociones que no son las que en realidad sentimos. También los perros tienen caras y cuerpos expresivos que revelan mucho de lo que sienten, pero es posible que no todo.

Vale la pena discutir durante un momento por qué los perros han desarrollado estas caras expresivas. Los gatos no lo han hecho así, sino que sufren o se alegran en silencio. Los gatos pueden comunicar el miedo extremo o la ira extrema, pero ¿y la ansiedad o la alegría?⁷ Esta llamativa diferencia entre gatos y perros es producto de sus historias evolutivas. Los gatos domésticos descienden de cazadores solitarios con una cultura del “sálvese quien pueda”: dos gatos macho (o hembra) son básicamente competidores de por vida en la cuestión de transmitir sus genes a la siguiente generación. Un

7

Capacidad intelectual canina

Algunas personas tratan a su perros como si fueran tan listos como los humanos, otras, como si fueran niños tontos. ¡No son nada de esto! Los perros son tan inteligentes como es necesario que sean, lo que significa que su inteligencia no es como la nuestra. Los cánidos evolucionaron en entornos distintos a los que moldearon la raza humana, así que no debería sorprender que no piensen exactamente del mismo modo que nosotros. Una vez dicho esto, existen algunas semejanzas; por ejemplo, sus capacidades de aprendizaje asociativo, así como las emociones que los impulsan, siguen los patrones de los mamíferos y, por consiguiente, son las mismas que las nuestras. Igual que nosotros, los perros intentan evitar situaciones que les han asustado en el pasado y repiten experiencias que han encontrado gratificantes. Es probable que sean sus capacidades cognitivas más complejas las que difieren de las nuestras de manera cualitativa, puesto que se habrán seleccionado para encajar con el estilo de vida de los cánidos. Por ejemplo, la utilidad de los perros guía depende de su capacidad de “pensar fuera de la caja” —para usar su cerebro cánido para predecir qué pasará a continuación en el entorno en continuo cambio con el que interaccionan sus propietarios—,¹ una habilidad que quizá provenga de la capacidad de los cánidos salvajes de predecir el siguiente movimiento de su presa.

Recientemente, tras décadas de abandono del tema, los científicos han empezado a estudiar las formas en que “piensan” los perros. Ahora, los biólogos y psicólogos interesados en la inteligencia canina están examinando qué es lo más complejo que puede hacer el

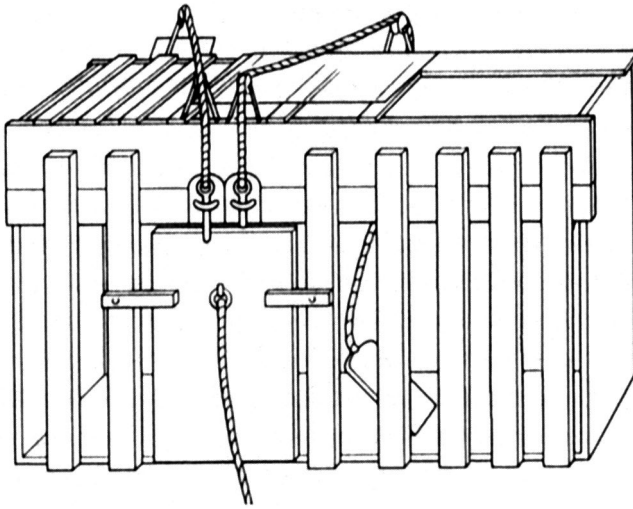
cerebro de un perro y qué es lo que, en apariencia, no puede hacer. Investigan cómo debe haber afectado la domesticación a su “inteligencia” y también por qué parece que encaje tan bien con la nuestra. Hace poco, los primatólogos se han percatado de que en formas muy determinadas, los perros domésticos pueden superar incluso a los chimpancés (aunque pareciera que no haya duda de que los chimpancés son en general más “inteligentes”, comoquiera que se defina, que los perros). Algunos investigadores de este campo incluso han propuesto que los perros presentan un tipo especial de inteligencia, única en el reino animal, que, como parte del proceso de domesticación, evolucionó a la par que la de los humanos.²

Otros científicos comparan de manera directa las capacidades cognitivas de los perros con las de los niños, pero esto no necesariamente es útil. Por ejemplo, en un estudio se reivindicaba que las capacidades de aprendizaje de palabras de los perros era comparable a la de los niños de dos años; su capacidad de entender el comportamiento dirigido por objetivos a la de los bebés de entre tres y doce meses; etcétera. Este tipo de intentos de hacer corresponder las capacidades caninas con una determinada etapa del desarrollo humano pueden ser reveladores en algunos aspectos, pero, puesto que son por completo antropocéntricos, también subestiman las capacidades del perro simplemente por ser perro. Por ejemplo, ¿cómo puede utilizarse esta propuesta para cuantificar la capacidad del perro para detectar bombas sólo con el olfato (algo que un humano adulto, por no hablar de un niño, nunca podría hacer sin ayuda)? En cualquier caso, para mí no está claro qué nos explica esta propuesta acerca de cómo los perros perciben a las personas; parece improbable que alguna vez este aspecto de la inteligencia canina pueda encapsularse en una simple afirmación como “los perros piensan en sus propietarios igual que un niño de tres años piensa en sus padres”. Los perros son mucho más complejos de lo que implica una afirmación de este tipo y, como ya se ha mencionado, su inteligencia es única, moldeada primero por la evolución (cuando eran lobos) y luego por la domesticación. Asimismo, parece no haber mucha diferencia entre comparar su inteligencia con la de los niños o considerarlos niños, aunque

Las formas más simples de aprendizaje permiten a los perros darle sentido al mundo, y a nosotros adiestrarlos para que se comporten como queremos que lo hagan. Pero los perros también pueden pensar por ellos mismos: no sólo tienen sentimientos sobre el mundo, sino que, a su manera, también tienen conocimiento sobre su entorno físico y los demás animales que los rodean (incluidos los humanos, por supuesto). El estudio formal de la inteligencia canina se remonta a principios del siglo xx y las cajas-problema de Edward Thorndike. El enfoque de Thorndike para estudiar cómo aprenden los animales era diferente al de Pavlov; estaba más interesado en cómo resolvían problemas. En muchos de sus experimentos colocaba animales, por lo general perros domésticos o gatos jóvenes, en cajas-problema inventadas por él mismo. Éstas podían abrirse desde dentro cuando el animal llevaba a cabo una determinada acción. Por ejemplo, en la caja de la ilustración, la puerta estaba unida a un peso que la levantaría una vez que el perro hubiera recorrido el pestillo. El pestillo podía ser cualquiera de las palancas de madera a ambos lados de la puerta, las cuales el perro podría levantar con la pata empujándolas con el pie por el espacio que dejan los listones. O podía haber un tornillo en la parte superior de la puerta, conectado mediante una cuerda a un lazo que colgaba del techo y que el perro podía tirar con la boca. O podía haber un pedal en el suelo, el cual el perro debería presionar con la pata para dejar libre la entrada (en la ilustración se muestran las tres).

Thorndike estaba interesado en descubrir cómo resolvían el problema de salir de la caja los perros y también si en posteriores ocasiones recordaban cómo lo habían hecho. En ese momento, mucha gente creía que los gatos y los perros tenían un entendimiento considerable, que podían, por así decirlo, sentarse y estudiar las cosas. Thorndike, sin embargo, creía que bastaba con una explicación mucho más sencilla. Consideró la posibilidad de que el aprendizaje asociativo simple, junto con la curiosidad natural del perro, podría explicar este tipo de comportamiento en apariencia inteligente. Descubrió que al principio sus perros revol-

vían toda la caja-problema hasta que tropezaban con el mecanismo que les permitía salir. Entonces les daba comida como recompensa, y volvía a colocarlos en la caja para ver si podían salir con más rapidez. Si los perros hubieran comprendido lo que habían hecho, de inmediato hubieran vuelto a la palanca o pedal que antes les había permitido salir. Pero, de hecho, en pocas ocasiones los perros lo hacían. No obstante, tras sesiones repetidas en la caja, sí tardaban menos en escapar y, a la larga, tras varias repeticiones, empezaron a ir de inmediato hacia el mecanismo que dejaba libre la puerta.



Caja-problema de Thorndike.

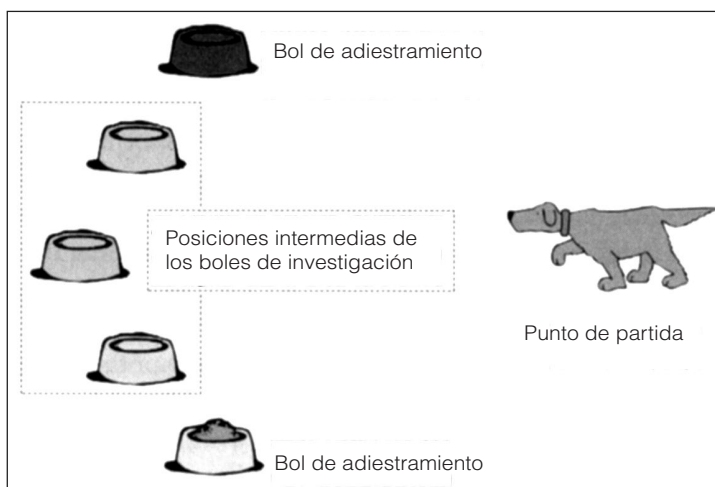
Basándose en gran medida en estos experimentos, Thorndike propuso el concepto del aprendizaje por *ensayo y error*. Los animales que se enfrentan al hecho de solucionar un problema probarán muchas tácticas que, por lo general, utilizarían en situaciones de este tipo (en este caso, estar atrapados). Cuando por casualidad una de estas tácticas funciona, produce recompensas (en este caso, de-

8

La (poca) sofisticación emocional

Los perros son listos cuando se trata de aprender sobre cosas, personas y otros perros. No obstante, tienen sus limitaciones. Su falta de autoconsciencia, su falta de consciencia de que tenemos mentes distintas a las suyas y su incapacidad de reflexionar sobre sus propias acciones limitan su capacidad de comprender el mundo del mismo modo que hacemos los humanos. Asimismo, es probable que a causa de tales limitaciones las vidas emocionales de los perros sean mucho más simples que las nuestras, lo que significa que puede que no sean capaces de sentir muchas de las emociones sutiles que nosotros mismos damos por sentado. Sin embargo, los perros comparten nuestra capacidad de sentir alegría, amor, ira, miedo y ansiedad. También experimentan dolor, hambre, sed y atracción sexual. Por lo tanto, es perfectamente posible que los humanos entendamos y sintamos empatía por lo que sienten. Aunque esta habilidad también es una trampa, ya que puede tentarnos a suponer que las vidas emocionales de los perros son idénticas a las nuestras, que en cualquier situación (como la vemos nosotros) sienten lo que nosotros sentiríamos. En estas ocasiones, nos vemos obligados a actuar en consecuencia, tratando a nuestros perros como si tuvieran exactamente la inteligencia y las habilidades emocionales que tenemos nosotros. Puesto que éste no es el caso, puede que nuestras acciones no tengan sentido para el perro, o puede que en realidad signifiquen algo muy distinto de lo que pretendemos. Por lo tanto, un profundo entendimiento de las capacidades emocionales completas de los perros, y cuáles de estas capacidades son más simples que las nues-

¿ESTÁS DE HUMOR?



En los humanos, la ansiedad y la depresión se asocian con juicios negativos de situaciones ambiguas: síntoma del “vaso medio vacío”. Si tales inclinaciones pudieran detectarse en los animales no humanos, podría proporcionarse una forma de investigar los “estados de humor” de otros animales. Prosiguiendo estudios realizados con roedores, colegas míos de la Universidad de Bristol han examinado si es posible que los perros muestren tales inclinaciones.⁵ Primero, a veinticuatro perros que esperaban adopción en un refugio se realizó una prueba de separación, que está diseñada para predecir si el perro manifestará comportamiento de separación cuando lo dejen solo una vez que haya encontrado un hogar. Entonces los perros fueron adiestrados para que realizaran una tarea de discriminación espacial en la que siempre había comida en una posición (en el diagrama, bol blanco a la izquierda del perro, aunque en realidad todos los boles eran del mismo color), mientras que otro a la misma distancia nunca contenía comida (en el diagrama, el bol gris más oscuro). Cuando hubieron aprendido cuál de las dos posiciones contenía comida, los dos boles se sustituyeron por un bol (vacío), el cual podía estar en cualquiera de estas cinco posiciones: dos en la misma posición que en el de adiestramiento original, y tres en posiciones intermedias “ambiguas” (mostradas como tonos intermedios de gris); fíjese que aunque en el diagrama aparecen las cinco posiciones, sólo un bol ocupaba una de las posiciones cada vez.

Entonces se estudió cuán rápido corrían los perros hacia cada una de las posiciones. Frente a un bol colocado en una de las tres posibles posiciones intermedias, un perro “pesimista” podría pensar “no hay nada en ese bol, no está donde estaba la comida la última vez”, mientras que un perro “optimista” podría pensar “ese bol está cerca del lugar donde había comida la última vez, vale la pena echarle un vistazo”. Los perros que habían mostrado angustia por separación cuando les dejaban solos, corrieron con más lentitud que el resto, así que puede que sean más “pesimistas” que la media. Es tentador especular que ese “pesimismo” es el factor crucial subyacente que distingue a los perros que no pueden sobrellevar el hecho de quedarse solos de los demás que sí pueden.

Por último, debo admitir que incluso el enfoque científico objetivo frente a las emociones que he intentado adoptar contiene como mínimo una traza residual de antropomorfismo: he discutido las emociones utilizando los nombres que los humanos les damos. Las emociones más básicas también están tan arraigadas en la fisiología de los mamíferos y las partes más primitivas de su cerebro que es razonable suponer que, en lo fundamental, son las mismas tanto si las experimenta un perro como un humano, aunque los detalles de esa experiencia sean diferentes. No obstante, cuando se trata de las emociones de autoconsciencia más simples, como los celos, ¿podemos estar seguros de que los perros poseen sólo aquellas que nosotros los humanos tenemos y a las que podemos darles nombre? Mientras que estoy razonablemente seguro de que los perros no sienten culpa (por ejemplo), de esto no necesariamente se deduce que sus vidas emocionales sean menos ricas que las nuestras, sólo son distintas. Por ejemplo, puesto que son animales tan sociales, ¿puede que compensen sus capacidades cognitivas menos sofisticadas con emociones más bien definidas? Si los esquimales pueden tener quince palabras para denominar la nieve,⁶ tal vez los perros puedan experimentar quince tipos de amor.

9

Un mundo de olores

Si muestra a un amante de los perros una fotografía de un perro mono, obtendrá una reacción instantánea, pero si muestra la misma fotografía a un perro, es probable que no obtenga ni la más mínima reacción. (A menos que sea su propio perro, en cuyo caso puede que obtenga una expresión de perplejidad que claramente signifique “¿qué estás tramando?”.)

Puede que los perros habiten en el mismo espacio físico que nosotros, pero no experimentan el mundo del mismo modo. Nos gusta creer que nuestra versión es “la” versión, pero no es así. Como todas las demás especies, recogemos la información del mundo que necesitamos para sobrevivir, y descartamos el resto. O, con más exactitud, recogemos la información que ayudó a nuestros ancestros primates y homínidos a sobrevivir (no hemos vivido nuestros estilos de vida actuales el tiempo suficiente para que la evolución haya modificado nuestros sentidos). Los perros viven en un mundo dominado por su sentido del olfato: un mundo que es bastante distinto al nuestro, el cual se construye alrededor de lo que vemos.

Es fácil ignorar el hecho de que nosotros también obtenemos una versión modificada de lo que ocurre a nuestro alrededor. No podemos “ver” el haz de luz que sale del mando a distancia de la televisión, pero en realidad consiste en una luz, sólo que tiene una longitud de onda tan larga que nuestros ojos no pueden captarla. El mero hecho de que sea invisible a nuestros ojos no significa que no esté ahí. Por consiguiente, vale la pena recordar qué captamos de nuestro entorno y qué no, antes de entrar en lo que los perros po-

drían decirnos sobre lo que nos estamos perdiendo, si es que pudieran hablar.

Primero de todo, somos adictos a los colores, al menos en comparación con gran parte de los demás mamíferos. Aunque sólo tengamos tres tipos de conos —células receptoras sensibles al amarillo, el verde y el violeta (muchos animales tienen cuatro, algunos incluso más)—, se ha estimado que nuestros ojos pueden distinguir unos 10 millones de colores distintos. (Cuando digo “nosotros” me refiero exclusivamente a los hombres; algunas mujeres, es posible que más de la mitad, tienen un cuarto tipo de receptor para la zona del amarillo-verde y, por lo tanto, son capaces de distinguir entre más millones de tonos de rojo, naranja y amarillo que el resto de nosotros.)

Nuestra capacidad de ver todos estos colores ha evolucionado muy recientemente. Aunque los reptiles (y las aves) puedan ver toda la gama de colores y también el ultravioleta, en algún momento de la evolución temprana de los mamíferos desapareció la capacidad de ver el ultravioleta y el rojo. Es posible que, puesto que esos primeros mamíferos fueron nocturnos, necesitaran espacio en las retinas para los bastoncillos —las células receptoras que se utilizan en la visión con poca luz—, que sólo son responsables del blanco y el negro. Los monos y simios del Viejo Mundo, la mayoría de los cuales se alimentan a la luz del día, evolucionaron de nuevo hacia la visión tricromática hace unos 23 millones de años, es probable que como forma de satisfacer la necesidad de distinguir las hojas tiernas y los frutos maduros sólo por el color.

Lo que puede detectar el ojo sólo es la mitad de la película; el cerebro todavía debe convertir en imágenes los datos sin tratar. Toda la información recogida por los ojos se integra en el cerebro para formar las imágenes tridimensionales en color que percibimos de manera consciente como “ver”. Aunque nuestro cerebro pueda formar una imagen tridimensional con la información de un solo ojo (intente cerrar un ojo y mover la cabeza con mucha lentitud), la información más exacta e instantánea procede de nuestra visión binocular. Nuestro cerebro compara constantemente

IO

Problemas con los pedigríes

A lo largo de gran parte de este libro, he tratado a los perros como si fueran todos más o menos equivalentes. Para lo que nos proponemos, a menudo esto es verdad; a pesar de algunas variaciones inevitables entre razas, todos los perros comparten un pasado evolutivo, un fino sentido del olfato, una habilidad para formar vínculos estrechos con las personas y la capacidad de reconocerse entre ellos como miembros de la misma especie e interactuar en consecuencia. Sin embargo, es evidente que los perros no son todos iguales y, a veces, son las diferencias entre ellos las que más afectan a su bienestar. Las diferencias entre perros han estado impuestas fundamentalmente por nosotros, no por ellos. Donde la humanidad no ha interferido con la reproducción, los perros se parecen más; los perros de pueblo de África, por ejemplo, son básicamente parecidos. Evolucionan hacia un tipo de perro que está adaptado al entorno en el que se encuentra. No obstante, cuando los humanos empezamos a escoger qué perros criar, se generan perros que están, por definición, menos adaptados a ese ambiente. Al principio, es probable que esto no haya importado para nada. Las aptitudes que preparan a los perros para vivir en la calle, junto a la humanidad, se han ido sustituyendo de manera gradual por aquellas que permiten que los perros vivan con el hombre. Éstas incluyen no sólo cambios que permiten que los perros se ganen la vida, como ayudar con el pastoreo, la caza y la defensa (por mencionar tres), sino también aquellas que permiten que los perros sean buenos compañeros.



Los cambios en las velocidades de desarrollo del patrón básico de los lobos han conducido a los extremos actuales de tamaños y formas.

No obstante, puesto que este proceso continuó, debe haber habido muchos perros cuyo bienestar se vio comprometido por los intentos de la humanidad de producir formas más extremas. Por ejemplo, los romanos reprodujeron los mastines para que fueran cada vez más grandes, esforzándose por obtener perros cada vez más fieros. Algunos de estos perros debieron de ser monstruos: cachorros demasiado grandes para pasar a través de la pelvis de su madre o perros cuyo esqueleto era demasiado pesado para sus articulaciones y, por consiguiente, sufrían un daño constante. En aquellos días de improvisación, con muy poco cuidado veterinario, habría predominado un tipo rudimentario de selección natural: los perros que no eran viables habrían nacido muertos o no habrían vivido lo bastante para reproducirse, y los perros demasiado débiles para llevar a cabo la tarea deseada no se habrían seleccionado para la reproducción.

Como todos los animales, los perros son capaces de producir mucha más descendencia de la necesaria para la supervivencia de la

especie. A menos que una población crezca con rapidez, esto significa de manera inevitable que muchos individuos mueren antes de reproducirse. Como norma general, aquellos que mueren primero son los menos adaptados al entorno. Muchos habrán sufrido antes de morir. Por supuesto, esto también vale igual para los perros de pueblo que para los perros reproducidos por el hombre para fines específicos. No obstante, la creación de nuevas formas de perro dejó inevitablemente una estela de víctimas.

Los tiempos han cambiado. En Occidente, ahora creemos en el derecho individual a no sufrir de cada perro. Ya no se considera a los cachorros objetos desechables que pueden ahogarse si no se quieren. Se origina una protesta en los medios de comunicación cada vez que se propone una matanza de perros, tanto si son asilvestrados, callejeros o no deseados. Estos principios son elevadísimos. Hemos asumido la obligación de asegurar que todos los cachorros sean deseados y crezcan para convertirse en perros sanos y felices. Hemos conseguido satisfacer estas responsabilidades de muchas formas: hemos desarrollado un cuidado veterinario suficiente para permitir que la mayoría de los perros lleven una vida sana; en el supermercado se encuentra disponible nutrición de elevada calidad diseñada para los perros, hasta el punto de que muchos siguen una dieta más saludable que algunos humanos.

No obstante, en otras formas, hemos fallado a nuestros compañeros caninos. En nuestra en apariencia insaciable búsqueda de la novedad, hemos criado perros que sufren una gran variedad de dolencias evitables. Y en nuestra antropomórfica necesidad de ver los perros como extensiones de nuestras personalidades, hemos generado perros que son inaceptablemente agresivos o que sufren otros defectos de temperamento. Su papel como compañeros —un papel que deben satisfacer si quieren asegurarse de que llevarán unas vidas física y psicológicamente sanas— parece no ser la primera prioridad. Los futuros propietarios puede que se enfrenten a la elección entre cachorros con pedigrí, reproducidos fundamentalmente por la apariencia y no por el temperamento, y perros rescatados de origen incierto, algunos de los cuales puede que fueran